

JOSÉ MARÍA ABREGO

# EZEQUIEL

Comentarios a la  
Nueva Biblia de  
Jerusalén



**Desclée De Brouwer**

# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b> . . . . .	11
1. La época turbulenta del siglo VI a.C. . . . .	13
2. Turbulencia teológica: fe y esperanza en discusión . . . . .	16
3. La persona de Ezequiel. . . . .	19
4. El libro de Ezequiel . . . . .	21
4.1. Las fechas en el libro de Ezequiel . . . . .	21
4.2. El estilo literario del libro . . . . .	22
4.3. Estructura y partes del libro . . . . .	24
5. El mensaje religioso del libro de Ezequiel . . . . .	29

## COMENTARIO

<b>CAPÍTULO 1 ORÁCULOS CONTRA EL PUEBLO REBELDE.</b>	
<b>COMIENZO DE LA MISIÓN DE EZEQUIEL (caps. 1-24)</b> . . . . .	35
1. Visión inicial y vocación (1,1 – 3,15) . . . . .	36
1.1. Encabezamiento del libro (1,1-3) . . . . .	36
1.2. La mano del Señor y la visión (1,4-28) . . . . .	38
1.3. Vocación (2,1 – 3,11) . . . . .	43
1.4. La Gloria se eleva y la mano le empuja a Tel-Abib (3,12-15) . . . . .	47
2. Primera misión de Ezequiel (3,16 – 7,27) . . . . .	48
2.1. Comienzo (3,16; 3,17-27) . . . . .	49
2.2. Acciones simbólicas sobre la destrucción de Jerusalén (4,1 – 5,17) . . . . .	51
2.3. Contra los montes de Israel (cap. 6) . . . . .	59
2.4. El final está cerca (cap. 7) . . . . .	62

3. Visiones en Jerusalén (8,1 – 11,25) . . . . .	65
3.1. Introducción (8,1) . . . . .	67
3.2. Visiones de la idolatría en el templo y su castigo (8,2 – 9,11) . . . . .	68
3.3. La Gloria traspasa el umbral del templo (cap. 10) . . .	74
3.4. Escenas sueltas (11,1-21) . . . . .	79
3.5. Conclusión de las visiones y regreso a Caldea (11,22-25). . . . .	83
4. Oráculos diversos (caps. 12-19) . . . . .	84
4.1. El equipo de deportado y la tardanza en cumplirse la amenaza (cap. 12) . . . . .	85
4.2. Contra profetas, profetisas y adivinos y otras idolatrías (caps. 13-15). . . . .	92
4.3. Una historia de infidelidades (cap. 16) . . . . .	102
4.4. Parábola de las águilas (cap. 17) . . . . .	109
4.5. La justicia de Dios y la responsabilidad personal (cap. 18) . . . . .	113
4.6. Elegía a madre (cap. 19) . . . . .	118
5. Últimos oráculos antes de la caída de Jerusalén (20,1 – 23,49). . . . .	120
5.1. Consulta al profeta y resumen de la historia de rebelión (cap. 20). . . . .	120
5.2. El fuego y la espada (cap. 21) . . . . .	128
5.3. Tres oráculos describen el mal generalizado (cap. 22). .	132
5.4. La historia de las dos hermanas (cap. 23) . . . . .	135
6. Un emisario anuncia la caída de Jerusalén. Ezequiel viudo (cap. 24). . . . .	142
<b>CAPÍTULO 2: ORÁCULOS CONTRA LAS NACIONES (caps. 25-32) . . . .</b>	<b>147</b>
1. Oráculos contra los pueblos vecinos (cap. 25) . . . . .	149
2. Oráculos contra ciudades fenicias (caps. 26-28). . . . .	153
3. Oráculos contra Egipto (caps. 29-32) . . . . .	163
3.1. Contra el faraón, cocodrilo del Nilo (29,1-6). . . . .	164
3.2. Egipto, premio de consolación para Nabucodonosor (29,17-21). . . . .	167

---

## ÍNDICE

---

3.3. El día del Señor en Egipto (30,1-19) . . . . .	168
3.4. El brazo roto del faraón (30,20-26) . . . . .	170
3.5. El faraón, un árbol en Egipto (cap. 31) . . . . .	171
3.6. Elegía por el cocodrilo (32,1-16) . . . . .	174
3.7. Egipto descendiendo al Seol (32,17-32) . . . . .	176
<b>CAPÍTULO 3: ORÁCULOS DE SALVACIÓN PARA EL PUEBLO</b>	
<b>SEGUNDA ACTIVIDAD PROFÉTICA DE EZEQUIEL (caps. 33-39) . . .</b>	<b>181</b>
1. El profeta centinela (33,1-20). . . . .	182
2. Recuperación del habla (33,21-22.23-33) . . . . .	185
3. Contra los pastores de Israel (cap. 34). . . . .	188
4. Contra la montaña de Seír (cap. 35) y los montes de Israel (36,1-15). . . . .	193
5. Profanación y santificación del Nombre (36,16-38). . . . .	198
6. La visión de los huesos secos (37,1-14) . . . . .	201
7. Las dos varas (37,15-28). . . . .	203
8. Oráculos contra Gog (caps. 38-39). . . . .	205
<b>CAPÍTULO 4: EL NUEVO TEMPLO, EL NUEVO PAÍS, LA NUEVA CIUDAD</b> <b>(caps. 40-48) . . . . .</b>	<b>215</b>
1. Descripción del templo (caps. 40-42). . . . .	216
2. Regreso de la Gloria (43,1-9) . . . . .	226
3. Legislación sobre el templo (43,10 – 46,24) y su fuerza vivificante (47,1-12) . . . . .	228
4. División de la tierra (47,13 – 48,29). . . . .	240
5. Las puertas de la capital (48,30-35). . . . .	244
<b>BIBLIOGRAFÍA BÁSICA . . . . .</b>	<b>247</b>

## INTRODUCCIÓN

Cuando en verano del 597 a.C. Nabucodonosor se acercaba al frente de sus tropas a la ciudad de Jerusalén, el hijo<sup>1</sup> de una alta familia sacerdotal jugueteaba alrededor de su casa, cercana al templo. En ese momento había olvidado el peligro que se cernía sobre la ciudad. Más bien, no era consciente de las consecuencias. Pero veía en casa caras muy serias, escuchaba cuchicheos continuos, palabras al oído y demasiada preocupación para que los tiempos que corrían no le intranquilizaran. Su padre ya había dado las órdenes oportunas para arreglar los asuntos, pues se acercaban tiempos difíciles. A lo mejor en ese tiempo ya le había oído comentar que Dios estaba conduciendo el ataque contra Jerusalén por los pecados cometidos. En todo caso, no hacía falta estar muy enterado para saber cómo se las gastaban los babilonios con las ciudades conquistadas, cómo se llevaban deportados a los personajes más influyentes (al rey el primero), para asegurarse la fidelidad de los nuevos aristócratas que ocuparían su lugar –con un nuevo rey al frente– y del resto de los habitantes que quedarían en la ciudad. Podían esperar que Nabucodonosor no destruyera la ciudad, pues era la primera vez que se enfrentaban ambos ejércitos.

---

1. Se ha defendido que el primer número que aparece en el libro de Ezequiel (treinta) se refiere a la edad del profeta en el momento de su vocación (julio del 593). Esto supondría que el año 597, año en el que probablemente su familia fue llevada a Babilonia en la primera deportación, Ezequiel tendría 26 años. Me parece difícil admitir que, contando el protagonista con tal edad, el libro no haga ninguna referencia a dicho acontecimiento, ni al viaje.

Seguro que no había oído hablar de un profeta llamado Jeremías. Como no solía visitar la cárcel, no era fácil que se encontrara con él. Si le hubiera visto cómo salía a “rescatar” un campo para un pariente, cuando las tropas de Nabucodonosor sitiaban la ciudad (Jr 32), le habría podido escuchar que Dios todavía concedía una oportunidad a su pueblo para conservar algunos de los dones que les había dispensado en la historia: el templo, la ciudad, la monarquía, el reino... Pero, como todos, habría pensado que era un traidor y que se pasaba al enemigo (cf. Jr 37,11-13). Tal vez Ezequiel era demasiado joven para interesarse por los asuntos que concernían al futuro de su pueblo. Desde luego, no había recibido todavía la vocación, que tendría lugar, según él, cinco años más tarde: «el año quinto de la deportación del rey Jeconías» (593; Ez 1,1). Hijo de Buzí, un alto jerarca sacerdotal de Jerusalén, sus intereses juveniles iban por otro lado, y Jeremías había hablado públicamente contra el templo. Se supone el abo­lengo familiar, ya que fue deportado con toda su familia, cuando por vez primera Nabucodonosor se llevó a Babilonia al rey y a los nobles. Su pertenencia a la casta sacerdotal explica su futura preocupación por la pureza, la santidad y la reconstrucción del templo, y por los diversos géneros sacerdotales de comentario a la ley que utiliza.

Su nombre, etimológicamente, significa “Dios fortalece”, “Dios endurece”, lo que permite un juego de palabras en 3,8, que hace suponer a Daniel Block (*The Book of Ezekiel*, pág. 9) que se trataría de un seudónimo aplicado a un profeta anónimo, si no se le nombrara ocasionalmente dos veces en el libro (Ez 1,1; 24,24). Pero no parece que ese nombre explique nada de su actuación profética: no ilumina su relación con Dios, ni su relación con el pueblo. Puestos a buscarle un apodo, hubiera resultado más apropiado uno relacionado con la función de vigilancia (3,17), con la que pretende explicar su misión. Etimológicamente su nombre se relaciona con el de Ezequías, si bien éste último expresa la fuerza del Señor y Ezequiel la de Dios en general<sup>2</sup>.

Nuestro comentario pretende ayudar a la lectura. No es un comentario para ser leído, sino que acompaña al texto bíblico tal y

---

2. “yhwh” son las letras que representan el nombre propio del Dios de Israel, mientras que “el / ’elohîm” se aplica al concepto general de Dios. El primero produce en castellano el sufijo “-ías” (Isaías, Jeremías, Ezequías, etc.).

---

como lo encontramos actualmente (y, más en concreto, en la traducción de la Nueva Biblia de Jerusalén). No abusa de tecnicismos, ni estudia la historia que el texto ha sufrido y que, sin duda, lo ha enriquecido, pero a la que únicamente podríamos asomarnos de forma hipotética de la mano de tantos comentaristas que han utilizado todos sus conocimientos para explicar el texto. El profeta es el libro, el texto. De él decimos “Palabra de Dios” al proclamarlo. Acercarnos a la persona de carne y hueso que se asoma entre líneas nos permite comprender mejor su contenido, pero el texto bíblico sigue siendo nuestro objetivo fundamental. Por eso, atendemos a los indicios literarios que señalan su forma y estructura. A través de ella intentamos llegar al contenido, a su mensaje. En algún momento no podremos prescindir del proceso histórico que ha sufrido con el tiempo o a las distintas versiones que lo han traducido y, consiguientemente, interpretado. Es evidente. Pero el objetivo seguirá siendo ayudar al lector a enfrentarse con el libro profético. En él se contiene la revelación o, dicho con otras palabras, en él se manifiesta el Señor de la creación y de la historia, que en este libro en particular se ha presentado ante la comunidad creyente como el Santo, el trascendente, el Señor de la historia, con planes de salvación que realizará a pesar de la rebelión casi constante de su propio pueblo.

### 1. LA ÉPOCA TURBULENTA DEL SIGLO VI A.C.

La época en la que se desarrolla la vida de Ezequiel está marcada a nivel internacional por el nacimiento de un nuevo imperio mundial (Babilonia), y eso siempre complica la escena política y social por las alianzas que promueve y los celos que provoca. Desde el s. VIII a.C. Babilonia se sentía herida en su orgullo, al estar dominado por sus vecinos del Norte, los asirios. Los babilonios poseían una historia culturalmente grandiosa, con personajes tan famosos como Hammurabi (s. XVIII a.C.). De nada les valió su cultura ante la fuerza asiria. Senaquerib les colocó la estatua de su dios Marduk en la capital y la dominó. Pero todo tiene su tiempo y hasta los imperios se debilitan. Asurbanipal (669-627) fue prácticamente el último rey asirio, y a su muerte era evidente la debilidad del imperio. El año

652 tuvo que sofocar una rebelión de su hermano, a quien había puesto al mando de Babilonia para tranquilizar esa parte del imperio. Por el Norte los medos comienzan a hacerse presentes en la política internacional. En Siria y Palestina crecía el descontento; en Egipto Psammético I (663) había fundado la dinastía XXVI y pretendía extender su influjo hacia Judá y Siria. Asiria estaba, pues, con problemas en todos los frentes, y desde el 630 su dominio era puramente nominal. Por esa época surgió en Babilonia un importante personaje de origen caldeo, Nabopolasar (625-605), que además de fundar su propia dinastía, creó uno de los imperios más brillantes de la historia, aunque efímero en su duración. Su estrella más ilustre fue, sin duda, Nabucodonosor.

Pues bien, a la muerte del asirio Asurbanipal, accedió al trono su hijo Sinsariskun. Su padre le había puesto al frente de Babilonia, pero no tuvo más remedio que ceder el poder de esta ciudad al caldeo Nabopolasar. Éste echó a los asirios y se alió con los medos, para atacar al gigante por todos los flancos. A los diez años (616) atacó el corazón de Asiria, que recibió la extraña ayuda de los egipcios. Por lo visto, al faraón le pareció más útil sostener al viejo imperio asirio, ya conocido, que esperar la llegada de uno nuevo, desconocido. El año 612 Nabopolasar tomó Nínive tras sólo tres meses de asedio. Un resto de los asirios se refugió en Jarán (Siria) y recibió la ayuda egipcia el año 609 (el faraón Necó II, hijo de Psammético) y casi la recibieron también el año 605. El contingente egipcio tuvo mucho influjo a su paso por el territorio de Judá, como veremos; pero resultó insignificante en la gran partida entre las principales potencias: el joven Nabucodonosor que, por enfermedad de su padre Nabopolasar, mandaba las tropas caldeas les infringió una estrepitosa derrota en Carquemis el año 605. Esta batalla cambió el curso de la historia y estableció definitivamente el poderío babilonio en toda la zona. No pudo Nabucodonosor (605-562) perseguir a los vencidos, pues el fallecimiento de su padre le obligó a volver a Babilonia. De todos modos, ya en el 604 estaba de nuevo en la llanura filistea, y el 603 convocó a todos los reyes en Jarán para que le rindieran vasallaje.

Si limitamos nuestro horizonte a lo que pasó en el reino de Judá, deberemos afirmar el continuo influjo de la tensión internacional,

con acontecimientos que influyen de manera determinante para entender el texto de Ezequiel. La mencionada debilidad del asirio Nabopolasar concedió al rey Josías unos años de relativa tranquilidad y la posibilidad de llevar a cabo su reforma (622). Pero su inesperada muerte (609) en Meguidó, cuando intentaba frenar el paso de las tropas egipcias que iban en ayuda de los asirios refugiados en Jarán, marca el comienzo de los años más complicados, duros y terribles del pueblo de Judá.

Limitémonos a los hechos más directamente relacionados con Ezequiel. El faraón Necó, tras causar la muerte de Josías (609), se llevó a Egipto al hijo y sucesor de éste, Joacaz o Salún. Estableció como rey a Joaquín, hermano del último, para garantizar la fidelidad de Judá (2 R 23,34-35). A partir del 605, el creciente auge del imperio babilónico desestabilizó las alianzas y los posicionamientos políticos. Algunos soñaban todavía con la ayuda de Egipto para resistir a los caldeos de Babilonia; otros pensaban ser más realistas y proponían la sumisión al nuevo imperio. Las luchas internas originadas por estas posiciones dividían a los dirigentes (Jr 38,5) y generaban indecisión en el rey, hasta que el año 601 Joaquín se rebeló contra Babilonia (es decir, dejó de pagar impuestos). El año 597 Nabucodonosor invadió Judá y se llevó desterrados al rey Jeconías (hijo y sucesor de Joaquín que, al parecer, murió en el asedio) y a los principales dignatarios. Es lo que conocemos como “primera deportación”, en la que posiblemente participó el joven Ezequiel, hijo de una importante familia sacerdotal. El vencedor Nabucodonosor puso como rey en Jerusalén a Sedecías, tío de Jeconías, que se mantuvo en el trono unos 10 años. Las conjuras y los nuevos intentos de alianzas internacionales seguían estando a la orden del día (Jr 27,3). Diez años más tarde (587), Nabucodonosor aplastó una nueva rebelión, atacando Jerusalén, destruyendo la ciudad y el templo y llevándose cautivos a Babilonia a todos los que pudo. Sólo dejó en el país «a la plebe baja, los que no tenían nada» (Jr 39,10). Esta segunda deportación es la que adquirió valor teológico con la denominación de Exilio<sup>3</sup>.

---

3. Jr 52,30 menciona una tercera deportación de la que no hay más detalles y cuya causa se desconoce.

## 2. TURBULENCIA TEOLÓGICA: FE Y ESPERANZA EN DISCUSIÓN

Tras el paso de los siglos podemos tener la seguridad de no equivocarnos al afirmar que esta época ha sido una de las más productivas para el espíritu literario y teológico del pueblo elegido<sup>4</sup>. En este tiempo empezó a gestarse realmente lo que conocemos como la “Biblia”, en base ciertamente a textos escritos anteriores, pero organizados ahora con la necesidad de interpretar a la luz de la fe la realidad vivida. El exilio y la época inmediatamente posterior (conocida como postexilio) fueron ciertamente tiempos de gran fuerza espiritual. Pero esta realidad no mengua un ápice el dolor psicológico y la intranquilidad espiritual que generó el destierro. Por no hablar de los miles de muertos, a los que les faltó tiempo para poner en duda su fe o para regenerarla. Fueron momentos de muerte y de dolor; pero, sobre todo, la fe del creyente tuvo que enfrentarse con hechos reales: con el destierro, con la destrucción del reino, de la capital y del templo; en una palabra, con todo lo que sustentaba su fe en el Señor. Y en esos momentos, sólo quedaba sufrir. Si con el tiempo lograron poner un poco de orden en las ideas, la confusión del momento era una gran fuente de sufrimiento, que sólo una persona inconsciente podía no sentirlo. Se desmoronaba todo lo que constituía la muestra más palpable de la cercanía y la predilección divinas. Sólo el tiempo y la enorme capacidad regeneradora de la auténtica fe lograron convertir la oscuridad en luz y las tinieblas en resplandor para las generaciones venideras. A simple vista, su Dios, el Señor, había fracasado y era débil. Se ofrecía con lógica sensatez la tentación de adorar al dios de Babilonia como un dios auténtico y fuerte. Sin embargo, es en esta época cuando la comunidad creyente acuñará su marcado sello monoteísta, no sólo afirmando que ellos

---

4. En sentido estricto, el vocablo “judío” (mejor sería “judaíta”) hace referencia al habitante del reino de Judá (Sur) en la época de los dos reinos o al miembro de la comunidad que se creó precisamente tras el exilio con el nacimiento del llamado judaísmo. “Israelita”, por el contrario, sería el habitante del reino de Israel (Norte), desaparecido hacía más de cien años en la época del profeta. Pero Ezequiel lo usa como un término teológico o étnico para designar a todo miembro del pueblo del Señor, ya sea de la época de las doce tribus, del reino de Judá o del “resto” de los desterrados.

sólo adoran a un Dios, sino que Éste es Único y los demás no son dioses, sino creaciones manufacturadas por el hombre.

Durante el tiempo en el que Ezequiel ejerció su ministerio, los judíos se encontraban en tres sitios distintos: Egipto, Babilonia y en el territorio propio de Judá. De la comunidad residente en Egipto tenemos pocas noticias. Algunos pudieron llegar ya en tiempos de Manasés y otros huyeron tras el asesinato de Godolías, el gobernador que había designado Nabucodonosor tras su victoria (cf. 2 R 25,25-26; Jr 41,1-2). Con estos últimos fue llevado también Jeremías. Pero tuvieron poco influjo en la elaboración teológica que se desencadenó. Bien distinto fue el influjo de la colonia judía en Babilonia. Con el primer destierro de Jeconías y sus nobles (597) se había creado una situación totalmente nueva y desconocida hasta entonces. Si había que mantener la esperanza y confiar en el Señor, ¿de dónde se podía esperar que viniera la salvación, del regreso rápido de los deportados o del crecimiento de quienes quedaban en el país? La pregunta no es retórica y ambas soluciones se pregonaban como palabra de Dios (Jr 28 y 29 presentan una discusión concreta, y en Jr 24 se plantea la división bajo la imagen de dos cestas de higos, aunque la solución que ofrece no es del todo coherente con la predicación histórica de Jeremías. También en Ezequiel veremos su influjo). Quienes estaban en Babilonia eran las autoridades, los intelectuales y los nobles; en una palabra, quienes mejor podían conocer la tradición religiosa y se mostraban en mayor contacto con las esencias religiosas del pueblo. Una corriente de esperanza sostenía, por lo tanto, la duración breve del destierro y el rápido regreso a la tierra de los deportados y del ajuar del templo. Por otro lado, los babilonios no habían heredado de los asirios la costumbre de repoblar los territorios con gentes de otros lugares, por lo que sólo quedaron judíos en el territorio de Judá. Se trataba de los considerados socialmente inferiores: «la plebe baja, los que no tenían nada» (Jr 39,10; 52,15) son los que quedaron a cultivar los viñedos y olivares. A pesar de que sufrieron una enorme carestía, gran pobreza económica y letargo político, la nueva “nobleza” que inevitablemente surgió no tardó en mostrarse arrogante y segura. En cierta manera ellos habían sido bendecidos por el Señor, pues se habían salvado del destierro y habían recibido tierras y casas. Podían considerarse “justos”, mien-

tras que los desterrados eran “pecadores” al haber perdido todo. Su esperanza consistía en salir ellos poco a poco de la miseria. La palabra de Dios se dividió ante la esperanza del futuro y no sólo por razón de los falsos profetas, que predicaban seguridad y paz (Jr 23,16-18). También los profetas reconocidos como auténticos anunciaron cosas diferentes, si bien en momentos y ante auditorios bien distintos: Jeremías, hasta la destrucción de Jerusalén, predicó la sumisión al rey de Babilonia para intentar salvar el reino, la ciudad y el templo (Jr 27,12-15; 38,17-18); para Ezequiel, viviendo en el exilio, la esperanza de renovación sólo podía significar el final de la deportación. La palabra de Dios se dirige a auditorios concretos y tratar de abonar la esperanza en ellos. La turbulencia de la época no se hizo evidente sólo en las guerras y destrucciones causadas, ni siquiera únicamente en la dificultad de encontrar una política adecuada, sino que produjo una profunda crisis en la vivencia religiosa. ¿Cómo ha sido posible la destrucción de todo lo que constituía el don de Dios? Para Jeremías y para Ezequiel sólo cabía una explicación: la causa había sido el pecado del pueblo, manifestado especialmente en la injusticia permitida por los reyes, a la que se califica de idolatría. La rebelión contra el Dios de la alianza conlleva la destrucción de sus dones: el reino, la tierra, la ciudad, el templo; en una palabra, la desaparición del pueblo. Cada uno la explicará con sus palabras, a veces contradictorias, pero en el fondo el mensaje es común. Esta profunda crisis religiosa es la que posibilitó, reformulada desde el fondo, el resurgir de la esperanza y de la fe que dio origen a la relectura de la historia, iniciada con la reforma de Josías (deuteronomista) y prolongada con otros parámetros por la conocida corriente sacerdotal (para lo que conocemos como Pentateuco), o incluso en la confección de libros de oráculos (profetas) que contenían la palabra del Dios de la alianza, que, fiel a su compromiso, siempre había intentado advertir de la catástrofe que se avecinaba: «Así sabrán que yo soy el Señor» (Ez 6-7) y que «había un profeta entre ellos» (Ez 2,5). Así se iniciaba la elaboración del Pentateuco o Torá, que posteriormente se proclamó oficialmente en tiempos de Esdras y Nehemías, al tiempo que se aumentaron los escritos proféticos como explicación teológica de lo sucedido.

### 3. LA PERSONA DE EZEQUIEL

En 33,21 y 40,1 son mencionados respectivamente los años 12 y 25 de «*nuestra* cautividad», lo que nos permite suponer que él era uno de los deportados, con menos de 30 años, que cumplió en el desierto. Su nombre sólo se menciona dos veces en todo el libro: en el versículo introductorio al libro (1,3) y en un oráculo (24,24) en el que el Señor anuncia que Ezequiel será un signo para el pueblo. A pesar del juego de palabras al que se presta su nombre (3,8-9), no creemos que se pueda reducir a un apodo, que tampoco ofrecería una clave para comprender el sentido de este personaje. Datos de su vida privada tenemos algunos, aunque tampoco demasiados. Su padre, como hemos dicho, era un sacerdote llamado Buzí, de alta categoría, dado que integró la primera deportación de los dignatarios de Jerusalén el 597. Tengamos en cuenta que también Jeremías era de casta sacerdotal, pero de una población cercana a Jerusalén, Anatot, que debió de ser integrada en el servicio del templo central durante la reforma de Josías (622), padre del rey que puso Nabucodonosor en Jerusalén (Sedecías) y abuelo del desterrado Jeconías. El lugar de residencia de Ezequiel en el exilio era Tel-Abib, cerca del río Quebar, como él mismo nos dice (1,1). Allí recibió la vocación en fecha que el libro detalla: «el día cinco del cuarto mes... el año quinto de la deportación del rey Jeconías» (1,1-2), es decir, el 31 de julio del 593. No sabemos la fecha de su nacimiento, pero sí que estuvo casado y enviudó cuando llegó a Tel-Abib la noticia de la destrucción de Jerusalén (24,15-16). Durante esta primera etapa, trató de explicar en su predicación que la causa de todo el desastre había sido la rebelión generalizada contra la voluntad de Dios. A partir del momento en que quedó viudo (es decir, con el anuncio de la caída de Jerusalén) rompe el silencio (“mudez”) que había mantenido durante algún tiempo (24,27; 33,21. Cf. 3,26) y da comienzo a su segunda etapa de predicación: una colección de oráculos de salvación recogidos en los capítulos 33-39, anunciando la esperanza y el nuevo comienzo.

Su compleja personalidad ha interesado también a los psicólogos. Sus silencios inesperados, llamativas acciones simbólicas como la de comerse un libro (3,2), permanecer tumbado durante días (4,4) o escenificar un asedio con un ladrillo y una sartén (4,1-3), cortarse el

pelo (5,1-4), salir por una brecha de la casa con un atillo de deportado (12,1-16), las complicadas y enérgicas visiones que jalonan el conjunto del libro, la no manifestación de dolor ante la muerte de su mujer («el encanto de tus ojos» 24,15), etc. Todo ello ha sido objeto de estudio en este personaje que podemos calificar de singular. Las diversas diagnosis no han pasado de hipótesis, por lo que no entramos en ellas.

No nos ha dejado un relato de su vocación semejante a otras narraciones del género. Sin embargo, describe largo y tendido la visión de la Gloria del Señor, en la que recibió el encargo de ser profeta. Ser profeta supuso para él ser invadido por el espíritu (2,2), recibir la misión de dirigirse a la casa de Israel y la orden de comunicar las palabras que iba a escuchar. No parece haber tenido la oportunidad de oponerse al encargo. En todo relato de vocación se suele expresar de algún modo el papel que juega la libertad del llamado al aceptar el encargo: hay una pregunta, una duda, un momento de rechazo. Jeremías es un caso típico (Jr 1; 20); en Ezequiel no hay evidencias de ello. Algunos han querido ver momentos de rechazo de la vocación en la necesidad de repetir la invitación a la misión (2,3; 3,1), en la invitación a no tener miedo (3,6) y a no ser rebelde (2,8), en la triple orden de comer el libro de la Palabra y tener que dárselo personalmente (2,8-3,3), en las repetidas órdenes de anunciar un mensaje (2,3-7; 3,4-11) y, sobre todo, en su estado anímico de amargura, hasta necesitar la mano del Señor (3,14), o de desolación o aturdimiento, cuando regresó entre sus compatriotas (3,15). Con todo, no es el rechazo de la vocación el aspecto más evidente de este figura profética. Al contrario, lo más llamativo es el gran papel que juega en su vida el espíritu o la mano del Señor. Ezequiel es un profeta lleno interiormente de la Palabra y del Espíritu, de tal manera que el auténtico protagonista del libro resulta el Señor: Él es quien habla, quien amenaza, quien destruye, quien promete salvación y quien la realiza. En contraposición con otros libros proféticos, no resulta fácil distinguir las palabras del profeta de las palabras que pronuncia Dios mismo. En varias secciones se comienza diciendo que la Palabra del Señor se dirigió a él y se exponen a continuación las palabras de un oráculo pronunciado por Ezequiel como Palabra del Señor. Pocas veces se logra identificar palabras de Ezequiel como reacción a lo que le ha sido revelado. Por ejemplo, su rechazo a

comer alimento impuro (4,14) o su respuesta a una pregunta del Señor (37,3) o su reacción espantada ante el anuncio de castigo que se le encarga («¡Ah, Señor Yahvé!, ¿vas a exterminar a todo el resto de Israel?») (9,8; 11,13). El rechazo que resulta evidente es el que sufrió el ministerio profético de Ezequiel, y esto repetidas veces. Signo de él es la continua calificación del pueblo como “rebelde”, y no sólo contra Dios, sino también contra su profeta, que deberá endurecer su rostro, no ser rebelde como ellos, y a quien incluso le faltará la palabra (2,3-8; 3,7-9.26-27; 12,2-3.9.25; 17,12; 24,3; 44,6). Le comparan con un cantante, agradable de escuchar, pero a quien no se hace caso (33,30-32).

#### 4. EL LIBRO DE EZEQUIEL

##### 4.1. Las fechas en el libro de Ezequiel

Curiosamente el libro de Ezequiel parece seguir un orden cronológico desde «el año quinto de la deportación del rey Jeconías» (1,2) hasta «el año veintisiete» (Ez 29,17), se entiende «de nuestra cautividad» (33,21). Si la deportación de Jeconías, o primera deportación, sucede el año 597, las fechas mencionadas nos llevan hasta el año 550. Es decir, podemos ubicar a Ezequiel en la primera mitad del siglo VI a. C. En su libro, solamente dos fechas del capítulo 29 (vv. 1.17) rompen el orden cronológico:

Año quinto (1,2); año sexto (8,1); año séptimo (20,1); año noveno (24,1); año undécimo (26,1); *año décimo* (29,1); *año veintisiete* (29,17); año undécimo (30,20; 31,1); año duodécimo (32,1; 32,17; 33,21); año veinticinco (40,1).

Pero, a pesar de tratarse de un criterio evidente, no es el único, ni el que ofrece mayor sentido al conjunto del libro. Como veremos, el orden teológico (oráculos de condena –oráculos contra las naciones– oráculos de restauración) proporciona más elementos y es igualmente evidente. Entre las fechas, destaca la extraña mención de «el año treinta» (1,1). Resulta misteriosa por no hacer referencia a ningún hecho concreto. Se ha escrito mucho sobre ella. Pudiera referirse a la edad del profeta, que con 30 años alcanzaría la “mayoría de

edad” para que un sacerdote pudiera ejercer sus funciones, según Nm 4. Esta hipótesis presenta sus problemas, como hemos indicado al hablar de la persona del profeta.

#### 4.2. El estilo literario del libro

Lo menos que se puede decir del estilo literario del libro es que es muy personal. Llama la atención la abundancia de imágenes para explicar el mensaje. Por citar algunas, recordaremos que el profeta se define como un “centinela” (3,17; 33,2); los falsos profetas son descritos como quienes recubren de argamasa un muro que se va a derrumbar (13,10-12); Jerusalén es una olla (11,3: 24,1-14); los reinos de Judá e Israel son dos “varas” o bastones que se ensamblan (37,15-19); con el vino se juega en los capítulos 15, 17 y 19; la espada se utiliza en 11 y 21; el cedro es la imagen central de los capítulos 17 y 23. A veces las imágenes se desarrollan en alegorías que explican el mensaje: así, la vid quemada se asemeja a Jerusalén (15), la historia de la niña abandonada (16) o de las dos hermanas (23) ilustran la historia de los dos reinos; de la naturaleza se utilizan el águila o el cedro (17 o 31), el río (47) para explicar algunos puntos. Las visiones suelen ser grandiosas y con fuerza descriptiva, como las tres visiones de la gloria del Señor (1,1-3,15; 8-11; 40-48, especialmente 43) o la de los huesos secos que se ensamblan y se revisten de tendones, carne y piel (37,1-14) o el caudal de agua que mana del templo (47,1-12). Ezequiel utiliza un lenguaje de gran eficacia visual, plástico e imaginativo. Dios se le comunica normalmente como una “mano” que le lleva de una parte a otra. Pero con la misma sinceridad debemos admitir que las explicaciones que acompañan a las imágenes logran acallar a menudo el valor comunicativo y la fuerza plástica de éstas. Resultan explicaciones aburridas y monocordes.

Podemos también subrayar el lenguaje jurídico del profeta-sacerdote. No es el mismo lenguaje forense de Amós: no hay “pleito” (*rib*, salvo en el añadido 44,24), ni “juicio” (*din*). Su ámbito es el de la casuística sacerdotal, en el que el sacerdote responde a una cuestión de pureza o de sacralidad (14; 18; 33,1-20), como ocurre en Lv 13-16. Así, la historia de la desobediencia no se cuenta con la terminología típica de la invectiva, sino con la propia del “estudio de un caso”

(18,1s), y el caso se contempla en términos de juicios sacerdotales, de acción justa o injusta (13,1ss; 36,17). Tal vez en relación con este estilo del ámbito sacerdotal podemos señalar el método de la “controversia”, en el que el profeta dialoga directa o ficticiamente con su auditorio (12,21-28; 16,44; 18; 20,32; 33,10-11.17-20), incluso con pueblos extranjeros (26,2; 28,2; 29,3; 36,13).

Un aspecto literario importante, relacionado con el lenguaje imaginativo de Ezequiel son sus “acciones simbólicas”. Como género literario es bien conocido en la literatura profética y consiste en realizar una acción que hace visible el contenido del mensaje que se pretende anunciar. Jeremías, por ejemplo, se echa al cuello un yugo de madera para explicar la necesidad de someterse a Nabucodonosor y, cuando otro profeta se lo rompe para expresar lo contrario, lo cambia por uno de hierro, que no se puede romper (Jr 27). Pero en Ezequiel no sólo abunda el género literario mencionado (en Ez 4 hay varias acciones que representan el asedio de Jerusalén con sus típicas tres partes: orden de hacer algo, ejecución, explicación), sino que en su propia vida le sucederán muchas cosas con valor significativo. Por citar algunas, habrá que mencionar la reacción que se le impone ante el anuncio de la muerte de su mujer (24,15-24), o la repetida mudez del profeta (3,22-27; 24,25-27; 33,21-22), su salida por una brecha en la muralla como un exiliado (12,1-16), etc. El signo más evidente para su pueblo deberá ser la persona misma del profeta, su existencia y su palabra (12,6.11; 24,14.17). A través de ese signo se podrá descubrir que el Señor ha estado presente: «sabrán que había un profeta» (33,33).

Finalmente, el estilo literario del libro de Ezequiel se caracteriza por el uso repetitivo de determinadas fórmulas literarias. Además de la utilizada para indicar una fecha, cuya única exclusividad en Ezequiel es su abundancia y orden –y que nosotros utilizaremos en cuanto que sirven para iniciar las secciones literarias–, hay otras que resultan interesantes.

a) La fórmula para citar una palabra del Señor («Esto dice el Señor») es típica de la literatura profética, porque introduce supuestamente unas palabras del Señor. En Ezequiel es usada 126 veces, pero no en los capítulos 8-11 (tampoco en el cap. 1 o en los caps. 40-43, pero aquí se trata de textos más bien descriptivos).

b) La fórmula de recepción de la palabra («Yahvé me dirigió su palabra en estos términos / me vino esta palabra del Señor») sirve para introducir muchos textos y la encontramos en el libro 47 veces hasta el cap. 38, aunque tampoco aparece en los caps. 8-11. Es decir, el uso de estas fórmulas ya indica una cierta particularidad de los capítulos 8-11.

c) Una fórmula típica de Ezequiel, no común en la literatura profética, es la continua designación del profeta con el apelativo «Hijo de Adán» o «Hijo de hombre» (93 veces). Esta fórmula ha podido ser acuñada personalmente por Ezequiel y posiblemente sirve para subrayar el contraste entre la criatura humana y la majestad divina. Algún autor la traduce por “mortal”. No tiene nada que ver con esa «figura de apariencia humana» (1,26) que estaba sentada en el trono (1,26; 8,2; cfr: Dn 7,13; 10,16-18), ni con un hipotético título que la literatura apocalíptica habría aplicado al Mesías.

d) Otra fórmula que sirve para cerrar un oráculo se suele denominar “fórmula de reconocimiento”: «y sabrán/sabréis que yo soy Yahvé». Con ella suelen concluir los anuncios de una intervención divina, al menos en 54 ocasiones.

e) Otra fórmula de conclusión, a modo de firma, es «Oráculo del Señor», muy habitual en la literatura profética.

Pero hay más fórmulas. «Yo, Yahvé, lo digo» se encuentra 84 veces hasta el cap. 39; «la mano del Señor» 6 veces, etc. Sólo una lectura atenta del texto nos permitirá reconocer el valor de tanta fórmula que, a veces, produce la sensación de estereotipos carentes de significado.

## 4.2. Estructura y partes del libro

Una primera gran división del libro de Ezequiel nos permite señalar cuatro partes claramente diferenciadas: 1-24; 25-32; 33-39 y 40-48. Si dejamos aparte la cuarta (la descripción del nuevo templo), que es típica del profeta Ezequiel, las tres primeras colecciones de oráculos comparten con Isaías y con el texto griego de Jeremías (los otros profetas mayores) un hecho llamativo: los oráculos contra las naciones ocupan el lugar central. Si a este dato añadimos el hecho de que la primera parte está formada por oráculos de juicio y de con-

dena, mientras que en la última predominan los oráculos de salvación y restauración, no cabe duda de que los oráculos contra las demás naciones significan un cambio teológico en la situación del pueblo creyente. Es excepción el texto hebreo de Jeremías, que, por alguna razón desconocida, pero de consecuencias teológicas en las que no vamos a entrar ahora, ocupan la parte final del libro. Se pueden fijar así las secciones fundamentales del libro de Ezequiel:

- I. Oráculos contra el pueblo rebelde (1-24)
- II. Oráculos contra las naciones (25-32)
- III. Oráculos de salvación para el pueblo (33-39)
- IV. El nuevo templo, la nueva ciudad, el nuevo país (40-47)

Cada sección está concebida como un mosaico de oráculos, cuya lógica de unión no siempre resulta comprensible. Descubrimos motivos literarios (asonancias, similitud de composición, imágenes similares, etc.) o temáticos (amenazas, referencias comunes a la ciudad o a sus habitantes, etc.), pero difícilmente logran convencernos de la necesidad de su encadenamiento. Lo novedoso en la exégesis actual es que vamos poco a poco descubriendo la riqueza teológica que su unión nos depara. Lo veremos en el comentario. Digamos para comenzar que un oráculo tiñe inevitablemente el sentido de los que tiene al lado. A nadie se le escapa que, si después de unos oráculos contra las naciones vecinas, encontramos oráculos contra Israel, la idea que el texto produce es que Israel va a ser tratado como los demás pueblos. Sin embargo, si a los oráculos contra los pueblos enemigos de Israel siguen oráculos de salvación para Israel, el texto transmite otra idea: el castigo de los enemigos y opresores permite el florecer de la esperanza y el sueño de la liberación. Las dataciones históricas al comienzo de muchos de los oráculos del libro de Ezequiel producen la extraña impresión de que están ordenados según la cronología. Pero esta característica, además de engañosa, necesitará alguna explicación, pues la mentalidad de Israel no tiene nada que ver con nuestro racionalismo occidental. Aunque el cronológico fuera un criterio válido de orden en el texto, ejercerá algún influjo en el contenido del texto y, por tanto, tendrá repercusión teológica. De momento las indicaciones cronológicas nos ayudarán simplemente a dividir literariamente las distintas secciones de los oráculos del

libro de Ezequiel. Prosigamos con la división del libro y su estructura de composición, pues, si hemos de encontrar un sentido al “significado”, tendrá que reflejarse en el “significante”.

Con ayuda de las fórmulas de introducción o de conclusión narrativas, atendiendo a otros indicios literarios como los distintos destinatarios de los oráculos, sus protagonistas, los cambios de imágenes y escenarios, etc., podemos subdividir las cuatro secciones principales en diversas unidades literarias que nos permitirán seguir la lectura del libro profético.

**La primera sección** (caps. 1-24) se suele subdividir en las siguientes partes, en virtud de los motivos que se indican:

- 1) 1,1 - 3,15: Contiene la introducción al libro en su conjunto y la visión en la que se enmarca la vocación del profeta. La doble alusión –al principio y al final de esta unidad– a la presencia del profeta entre los deportados que viven junto al canal Quebar constituye una inclusión literaria que delimita la sección. Al final se indica que estuvo con ellos siete días “abatido”.
- 2) 3,16 - 7,27: «Al cabo de los siete días» la Palabra del Señor invita al profeta a comenzar su primera misión, ordenándole una serie de acciones que hagan visible al pueblo la acción de Dios. La repetida frase «te escuchen o no» indica ya el poco éxito que va a tener Ezequiel en su misión.
- 3) 8,1 - 11,25: «El año sexto, el día cinco del sexto mes» vienen los concejales y “se posa la mano del Señor” sobre el profeta. La unidad contiene unas visiones (8,3; 11,24) en Jerusalén, que comienzan en la Puerta Septentrional y concluyen en la Puerta Oriental. Finaliza el texto afirmando la obediencia del profeta: «Conté a los desterrados lo que el Yahvé me había revelado» (11,25).
- 4) 12,1 - 19,14: Hasta la indicación cronológica que dará inicio a la parte siguiente (20,1), encontramos una serie de oráculos que formalmente se distinguen por comenzar con la fórmula: «Yahvé me dirigió su palabra en estos términos» (13 veces en la sección) y por concluir muy habitualmente con la fórmula de reconocimiento «sabrán/sabréis que yo soy Yahvé». En toda

la sección se utiliza abundantemente (13 veces) el apelativo «Hijo de hombre». Los oráculos usan imágenes muy diversas, pero tienen en común que se refieren a una etapa anterior a la caída definitiva de Jerusalén.

- 5) 20,1 - 23,49: Una nueva indicación cronológica da inicio a la sección: «El año séptimo, el día diez del quinto mes» vienen los concejales de nuevo a visitar al profeta. Consta de seis oráculos que comienzan con la frase: «Yahvé me dirigió su palabra en estos términos».
- 6) cap. 24: La correspondiente indicación cronológica («El año noveno, el día diez del décimo mes, Yahvé me dirigió su palabra») señala el comienzo de esta nueva unidad literaria con la que culmina la primera parte del libro. El profeta, que al principio se había visto obligado a comerse el libro de la Palabra del Señor, al final queda “mudo”.

La **segunda sección** (Ez 25-32) contiene los oráculos contra las naciones vecinas y enemigas de Israel. Para leerla y comentarla podemos considerar las siguientes partes:

- 1) cap. 25: Oráculos breves contra los pueblos vecinos de Judá con parecida estructura formal.
- 2) caps. 26-28: Una nueva datación cronológica y la repetida fórmula de inicio «El año ..., Yahvé me dirigió su palabra en estos términos» (26,1; 27,1; 28,1.11.20) introducen unos oráculos contra las ciudades fenicias (Tiro y Sidón).
- 3) caps. 29-32: Los oráculos contra Egipto y el faraón comparten la característica formal de estar marcados por varias indicaciones de fecha:
  - 29,1: «El año décimo, el día doce del décimo mes...».
  - 29,17: «El año veintisiete, el día uno del primer mes [el día de Año Nuevo] Yahvé me dirigió su palabra...». (única datación que no sigue el orden cronológico esperado).
  - 30,20: «El año undécimo, el día siete del primer mes...».
  - 31,1: «El año undécimo, el día uno del tercer mes...».
  - 32,1: «El año duodécimo, el día uno del duodécimo mes...».
  - 32,17: «El año duodécimo, el día quince del primer mes...».

La **tercera sección** (Ez 33-39) comienza con la recepción de una nueva misión por parte del profeta (33,2ss). Sigue una serie de oráculos de salvación. Únicamente a partir de 33,21 podemos intentar una división en base a razones literarias:

- 1) 33, 1-20: Nueva vocación del profeta como centinela.
- 2-7) 33,21-37,28: Diversos oráculos (la mayoría) de salvación introducidos por la fórmula de recepción de la palabra: «Yahvé me dirigió su palabra en estos términos» (excepto 36,1: «Tú, hijo de hombre...».; y 37,1: «Yahvé puso su mano sobre mí»).
- 8) caps. 38-39: Oráculos de carácter escatológico contra la figura de Gog.

Finalmente, la **cuarta sección** (caps. 40-47) es claramente identificable, pues contiene una serie de indicaciones precisas sobre la construcción del nuevo templo, del nuevo país, de Jerusalén.

- 1) 40,1-42,18: Referencia al templo, con la indicación de fecha: «el año veinticinco de nuestra cautividad, al comienzo del año, el día diez...».
- 2) 43,1-9: El regreso de la Gloria del Señor a su templo.
- 3) 43,10 - 46,24; 47,1-12: Legislación sobre el templo y su corriente de vitalidad.
- 4) 47,13 - 48,29: Indicaciones varias sobre el reparto de tierras, indicaciones legales y listas de las tribus.
- 5) 48,30-35: las puertas de la capital.

---

NOTA: El comentario lo articulamos siguiendo las unidades literarias del texto. Intentamos mantener el texto de la Biblia de Jerusalén en su tercera edición, sin entrar –con alguna excepción– en las discusiones técnicas que acompañan cada decisión sobre el texto original que se traduce. En el comentario no utilizamos “Yahvé”, sino “el Señor”. Por muchas razones, pero fundamentalmente porque el “tetragrámmaton” (así se denomina a las cuatro letras que identifican el nombre particular que recibe el Dios de Israel), no sabemos cómo se pronunciaba, aunque la versión griega sí lo transcribe como Yahvé. En hebreo se indica que para la pronunciación pública se utiliza el término “el Señor”. Dejamos, sin embargo, ese término en el texto bíblico, porque es el que se ha elegido en la traducción de la NBJ.

---

## 5. El mensaje religioso del libro de Ezequiel

Con lo dicho hasta aquí queda claro que en el mensaje de Ezequiel hay que distinguir dos etapas claramente distintas, divididas por la destrucción del templo y de Jerusalén. En la primera época, desde que comenzó a ejercer de profeta hasta que concluyó el período de once años durante el cual reinó Sedecías en Jerusalén, intentó explicar el castigo tan enorme que estaban sufriendo el pueblo y el que todavía les esperaba. Todo ha ocurrido por el pecado del pueblo rebelde. Sólo se salvará quien sea justo (Ez 18). En la segunda etapa anunció la salvación gratuitamente producida por el Señor; nunca volverá a repetirse semejante castigo. En ambas ocasiones intenta oponerse a la mentalidad imperante: eufórica y teológicamente segura en la primera época (11,3; 12,22.27), deprimida y resignada en la segunda (37,11). No le hacen caso (2,6), pero él cumple su misión de centinela (3,16-21; 33,1-9); esta función es la responsabilidad sobre la que el profeta deberá rendir cuentas (33,6.8.9): debe anunciar al malvado la posibilidad de conversión y al justo la necesidad de mantenerse fiel (cap. 18).

El tono diferente en el anuncio de Ezequiel, según la época, mantiene su coherencia en la tradición profética. En todos los profetas existen oráculos de juicio y condena, y oráculos de salvación. Cada uno los formula desde su propia experiencia y cultura; Ezequiel, desde la experiencia sacerdotal. En este profeta-sacerdote, el Dios de Israel es el protagonista. No se trata, como en Isaías, del Dios omnipotente y creador, juez universal de los pueblos y de la historia. No. Se trata del Dios de Israel con un sentido mucho más restringido, aunque sus planes se cumplen respecto a los demás pueblos. Su característica esencial es la "Santidad", aunque –extrañamente– el profeta evita el título de "Santo de Israel". Se trata de una santidad sacerdotal, que le convierte en sublime, lejano, invisible, aunque apasionadamente busca la correcta relación (ritual y justa) con su pueblo. Esta santidad resulta mancillada o no suficientemente reconocida por la "idolatría" del pueblo. Su nombre es ultrajado entre los pueblos por la idolatría y las acciones abominables de su propio pueblo. Si no lo había destruido antes era por el honor de su nombre (20,9.14.22.44); por la misma razón decidirá al final restablecer el

pueblo, el país, el templo y la capital (20,44; 36,20-32). Él cuida de que su nombre sea santificado, reconocido como santo.

Este Dios había elegido el templo de Jerusalén como lugar de la presencia trascendente de su Gloria, pero había sido profanado repetidamente por el pueblo (caps. 8; 16; 20; 23). La situación era tal que la Gloria del Señor abandona el templo, permitiendo así su destrucción; cuando vuelva a entrar (cap. 43), será para siempre. La relación entre el Señor y su pueblo está basada en la Alianza; la fórmula «vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (o similares) se escucha en 11,20; 14,11; 34,24.30-31; 36,28; 37,23, mientras que se usa 15 veces la denominación «mi pueblo». Es la base de toda su relación. En ella se establece un lazo jurídico entre el Señor, su pueblo y la tierra que les da como herencia. No se trata de un pacto bilateral, sino que en Ezequiel es un don gratuito de Dios, que otorga la alianza (cf. caps. 16 y 20). En la mente de los creyentes la alianza estaba esclerotizada y sólo servía como garantía de seguridad. En la primera sección del libro el profeta intenta disolver esta ilusión ficticia. La alianza no será firme hasta que Dios no la escriba en un corazón de carne con caracteres indelebles (16,60; 36,26-27; 37,26). La ley es el pilar básico sobre la que se asienta la alianza; sus normas y preceptos ordenan la vida del pueblo (11,12; 18,9.17.27; 20,13). Las amenazas que siguen al rompimiento de la alianza (Lv 26; Dt 28) explican el castigo de Israel.

En esta época empieza a abrirse camino una mentalidad individualista en la relación con Dios. Cambio fundamental que pone en primera línea el grave problema del sufrimiento del Justo, que no tiene visos de solución hasta la figura del Siervo, en la segunda parte del libro de Isaías. En Ezequiel (y en Jeremías) el problema de la retribución individual es un problema de fe. No ven sentido a sufrir las consecuencias del pecado de otros. Dios resulta injusto castigándoles a ellos. Es un tema con el que se enfrentan, sin demasiado éxito, los profetas del destierro. En todo caso intentan defender la justicia del modo de actuar de Dios, oponiéndola a la injusticia del comportamiento del pueblo. La restauración del pueblo, en Ezequiel, mantendrá los datos fundamentales de la etapa anterior, pero sin posibilidad de fracaso: el nuevo pueblo nacido de los huesos secos anteriores, la renovada alianza escrita en el corazón, la reunificación

de los reinos bajo un mismo pastor; David (34,23-24; 37,15ss.), la nueva tierra repartida con igualdad y justicia, el nuevo templo en el que la idolatría no tendrá cabida, cuando vuelva a entrar la Gloria del Señor (43,1-5), la nueva capital con sus puertas seguras y su nuevo nombre: «Yahvé está allí» (48,35).

En el libro de Ezequiel juega un papel extraordinario el Espíritu del Señor como presencia del mismo Dios: lleva al profeta de un lado a otro (3,12.14; 8,3; 11,24; 37,1; 43,5), es el motor de animación de los “seres vivientes” en la visión inicial (1,19-21; 10,27), el origen de la vida para los huesos secos (37,5), la fuente de inspiración de la profecía verdadera (11,24; 13) o el signo de propiedad divina (39,29). Si a esta insistencia en el espíritu le sumamos las visiones blasfemas sobre la vida del templo (en los caps. 8-11), su extraño comportamiento psicológico o la aventurada afirmación de que la Gloria del Señor había abandonado el templo, podremos explicarnos que el libro de Ezequiel tuviera una difícil historia de aceptación antes de ser admitido en el canon bíblico.

El libro de Ezequiel ha ejercido un influjo literario en los libros de Daniel y de Zacarías, pertenecientes al género apocalíptico. El libro del Eclesiástico (49,8) recuerda que «Ezequiel tuvo la visión de la gloria, que Dios le reveló en el carro de querubines». El libro de Ezequiel no parece haber ejercido un influjo importante en el NT, pues nunca es citado de modo explícito, excepto en el Apocalipsis. Sí se utilizan algunas de sus imágenes, como la del ‘buen pastor’ (Jn 10,7-16, Mt 25,31-46; Lc 9-10; Hb 13,20 o 1 P 2,15). Los pájaros que anidan en la planta del pequeño grano de mostaza (Mt 13,32 y paralelos) recuerdan por contraposición a Ez 17,23, en donde se simboliza con la misma imagen el cobijo que ofrecerá el retoño floreciente de Israel<sup>5</sup>. Esta misma imagen utiliza Ezequiel para simbolizar la atracción que ofrece Egipto, no sólo cuando está en pie como un cedro alto (31,8), sino también cuando sus ramas yacen esparcidas por el suelo como despojos (31,13). De modo especial y abundante el libro del Apocalipsis recoge pasajes de Ezequiel: la visión del trono de Dios, que sirve para presentar el cordero degollado, se repite gran parte del escenario de la visión de la Gloria en Ezequiel; la descripción del lujo en Babilonia

---

5. Sobre esta relación se puede ver en la Bibliografía el artículo de Tuckett.

bien podría estar inspirada en los oráculos contra Tiro (Ez 27-28); la batalla contra Gog (Ez 38-39) podría ser el sustrato de Ap 19-20; y la descripción de la nueva Jerusalén (Ap 21-22) conoce, sin duda, los caps. 40-48 de Ezequiel. Su influjo ha sido mayor en el nacimiento del judaísmo y en la literatura apocalíptica, a pesar de haber sido figura controvertida.